



Georgius Basso la inv. y delin.

Francisco Martínez la Grav. en Madrid 1778.

CAPÍTULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo Don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

Á la entrada del cual, segun dice Cide Hamete, vió Don Quijote que, en las eras del lugar, estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro: "No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida." Oyólo Don Quijote, y dijo á Sancho: "¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho: *no la has de ver en todos los días de tu vida?*—Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho?—¿Qué? replicó Don Quijote; ¿no ves tú que, aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar que no tengo de ver mas á Dulcinea?" Queriale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que, por aquella campaña, venia huyendo una liebre, seguida de muchos galgos y cazadores, la cual, temerosa, se vino á recoger y á agazapar debajo de los piés del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentóselá á Don Quijote, el cual estaba diciendo: "*Malum signum, malum signum: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.*— ¡Extraño es vuesa merced! dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la trasformaron en la labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí?" Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho, que por qué reñian; y fuéle respondido, por el que habia dicho *no la verás mas en toda tu vida*, que él habia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida.

Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsoela en las manos á Don Quijote, diciendo: "Hé aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen qué ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño: y, si no me acuerdo mal, he oido decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante, y entremos en nuestra aldea." Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y dióselo Don Quijote; pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo, rezando, al cura y al bachiller Carrasco. Y es de saber, que Sancho Panza habia echado sobre el rucio y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací, pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la corozita en la cabeza, que fué la mas nueva trasformacion y adorno con que se vió jamás jumento en el mundo. Fueron luego conocidos, los dos, del cura y del bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse Don Quijote, y abrazólos estrechamente; y los mochachos, que son linceos no excusados, divisaron la corozita del jumento, y acudieron á verle, y decian unos á otros: "¡Venid, mochachos, y vereis el asno de Sancho Panza, mas galan que Mingo, y la bestia de Don Quijote, mas flaca hoy que el primer dia!" Finalmente, rodeados de mochachos y acompañados del cura y del bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron á casa de Don Quijote, y hallaron á la puerta della al ama y á su sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni mas ni menos se las habian dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual, desgrefñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido; y, viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que habia de estar un gobernador, le dijo: "¿Cómo venís así, marido mio, que me parece que venís á pié y despeado, y mas traéis semejanza de desgobernado que de gobernador?—¡Calla, Teresa! respondió Sancho; que muchas veces, donde hay estacas, no hay tocinos; y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria, y sin daño de nadie.—Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí; que, como quiera que los hayais ganado, no habreis hecho usanza nueva en el mundo." Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traia algo, que le estaba esperando como el agua de Mayo; y, asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron á su casa, dejando á Don Quijote en la suya, en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller. Don Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en que habia quedado de no salir de su aldea en un

año; la cual pensaba guardar al pié de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante obligado por la puntualidad y órden de la andante caballería, y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde, á rienda suelta, podía dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenían mucho qué hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraría ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores; y que les hacia saber, que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres, que les vendrian como de molde. Dijole el cura, que los dijese. Respondió Don Quijote, que él se habia de llamar *el pastor Quijotiz*, y el bachiller, *el pastor Carrasco*, y el cura, *el pastor Curiambro*, y Sancho Panza, *el pastor Pancino*. Pasmáronse todos, de ver la nueva locura de Don Quijote; pero, por que no se les fuese otra vez, del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podría ser curado, concedieron con su buena intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio: "y mas, dijo Sanson Carrasco, que, como ya todo el mundo sabe, yo soy celebrísimo poeta, y á cada paso compondré versos, pastoriles ó cortesanos, ó como mas me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar: y lo que mas es menester, señores míos, es, que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no la retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores.—Eso está de molde, respondió Don Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y, finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea.—Así es verdad, dijo el cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que, si no nos cuadraren, nos esquinen." Á lo que añadió Sanson Carrasco: "Y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas de quien está lleno el mundo, *Filidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas*; que, pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó, por mejor decir, mi pastora, por ventura se llamare *Ana*, la celebraré debajo del nombre de *Anarda*; y, si *Francisca*, la llamaré yo *Francenia*; y, si *Lucía*, *Lucinda*, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de *Teresaina*." Rióse Don Quijote de la aplicacion del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto, se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte, que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres; y, así como